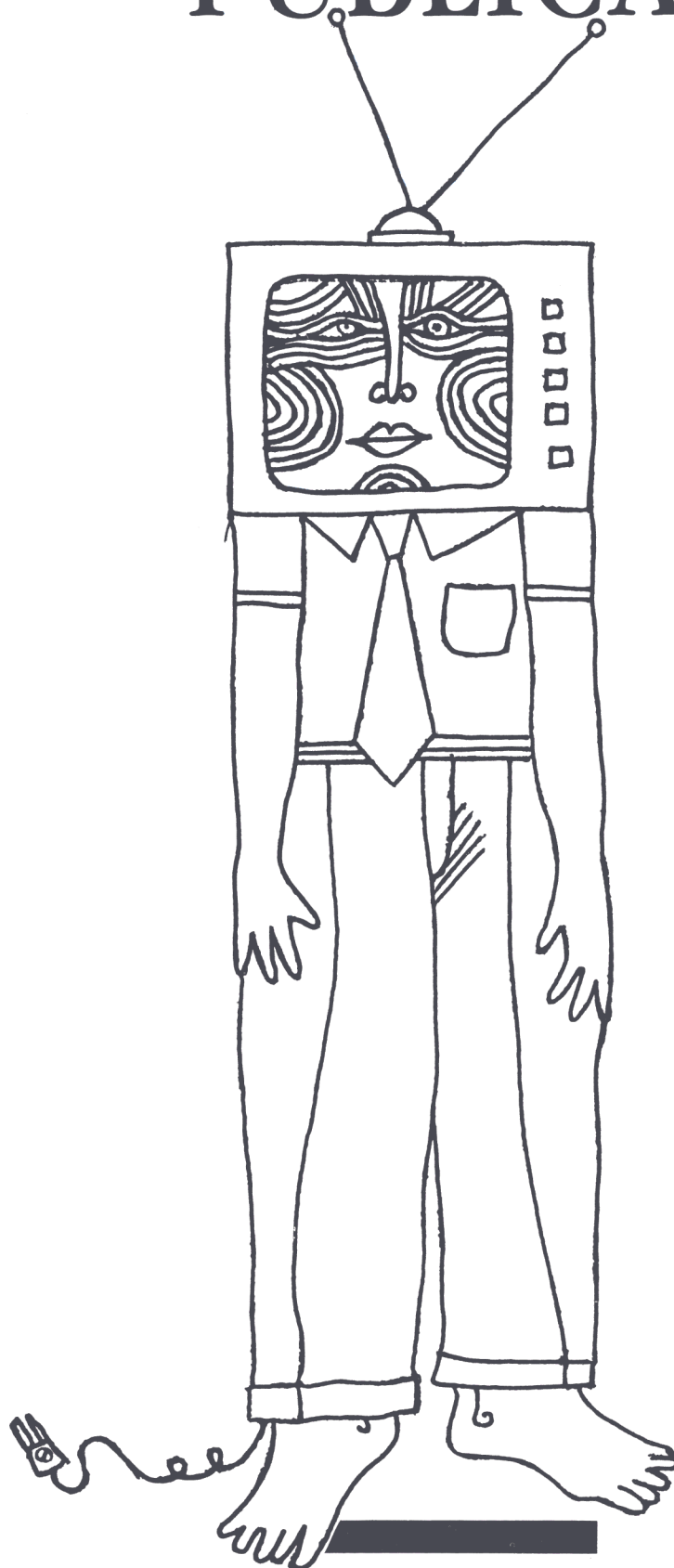


En este ensayo, que forma parte de un libro colectivo que publicará el FCE, se analiza la idea de “lo público”, como una manera de abordar el habitualmente inasible concepto de “opinión pública” que se presta para numerosas ambigüedades, generalidades y hasta manipulaciones.

# LA EXPRESIÓN PÚBLICA



**RAÚL TREJO DELARBRE**  
INVESTIGADOR DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES, UNAM. DIRECTOR DEL SUPLEMENTO *POLÍTICA DE EL NACIONAL*. ES AUTOR DE *VER, PERO TAMBIÉN LEER* (GERNIKA-INSTITUTO NACIONAL DEL CONSUMIDOR) Y DE *LA SOCIEDAD AUSENTE. COMUNICACIÓN, DEMOCRACIA, MODERNIDAD* (CAL Y ARENA) DE PRÓXIMA APARICIÓN.

Las delimitaciones entre lo público y lo privado suelen ser difíciles en tanto los grandes medios de información incursionan cada vez más en la esfera de lo privado, así como en tanto ésta sustituye y ocupa, así sea momentáneamente, espacios públicos. Las indiscreciones que en una revista de chismes pueden aparecer sobre la vida personal de un funcionario del gobierno quizá alcancen repercusiones públicas de gran magnitud, aunque no dejen de ser asuntos de relevancia momentánea, que no siempre alcanzan a cambiar rumbos políticos. La vida de los artistas más promocionados por la televisión puede llegar a ser de interés —y de hecho lo es tanto que se ha vuelto parte fundamental del negocio del espectáculo— pero, igual que en el ejemplo anterior, lo privado vuelto público tiende a concitar una atención más bien, por morbosa, superficial. De hecho, con los grandes medios electrónicos estamos viviendo una suerte de confusión entre los espacios de lo público y lo privado: en la sala de nuestra casa podemos conocer las confesiones sobre la vida personal de una actriz de Hollywood o de la viuda del presidente de Filipinas, pero al ciudadano común y corriente por lo general le resulta imposible hacer pública una opinión suya sobre cualquier asunto de interés general.

Lo público en México, igual que en otras sociedades, no ha estado necesariamente asociado con la política. Son espacios de expresión pública las ferias, las fiestas, los parques, los estadios deportivos, aunque en ellos no exista necesariamente politización previa (si bien, en una sociedad de masas como ésta, casi no hay manifestación social que no alcance implicaciones políticas de alguna relevancia). El deporte y la religión llegan a ser fuentes de indudable interés —y movilización— sociales, aunque la índole de las preocupaciones que representan pueda ser restringida. La sociedad mexicana se expresa colectivamente, y con gran intensidad, en festividades religiosas y laicas, en torneos y competencias, en desfiles, congregaciones y peregrinaciones. Tenemos una sociedad intensamente conmemorativa y festiva que, en este sentido, atiende más a sus tradiciones que a las proposiciones modernas o aparentemente nuevas. La noche del 15 de septiembre en el Zócalo de la

ciudad de México es siempre encuentro de alborozo y relajo, pero las reuniones de los partidos políticos nunca han concitado una asistencia tan espontánea, en ese mismo sitio. El diez de mayo es fecha de ineludible festejo o recuerdo (en el mejor sentido) de las madrecitas, pero ni siquiera la persistencia propagandística de la televisión privada pudo vencer a los mexicanos para festejar el Día del Compadre.

## LAS CALLES, ESCENARIOS PÚBLICOS

Los públicos, en México, se expresan de muchas maneras pero fundamentalmente en las calles y sobre todo, ahora, en las zonas urbanas. Hermann Bellinghausen ha comparado a las ciudades con las revoluciones como una manera para enfatizar cómo se interrelacionan las multitudes (o esa suma de individualidades que son los transeúntes, o los pasajeros, o los paseantes) con el escenario urbano que tienen por vivienda, geografía, trabajo o destino. Difícil o imposiblemente planificable, el crecimiento de la ciudad, su desarrollo y existencia "acaban por excederla; luego de un cierto límite ya no obedece a leyes y adquiere vida propia: a sus pobladores no les queda otra que tripularla como van pudiendo, evitar que se desboque, y si se desboca, encauzarla sin apearse de ella, refrenarla".<sup>1</sup> Esas ciudades, como la de México, son el único escenario donde ya sea con sus silencios de aquiescencia o resignación, o con los gritos en día de fiesta o de protesta, o con sus reverencias en momentos de recordación religiosa, la gente se manifiesta: vuelve expresión abierta, haciéndolo barullo, su mutismo o su acumulación cotidiana de palabras. Pero eso no ocurre necesariamente todos los días.

Seguimos con el mismo autor para recalcar el papel de escenarios a veces involuntarios, o a veces desbordados, que llegan a tener los espacios urbanos como lugares de expresión: "Sitios de reunión, reuniones sin sitios donde todo se dispersa: se llamarán multitud, la pelotera del abigarramiento que pone otros rostros en cada rostro y con la suma de

ellos traza inconfundibles cuerpos y caras dobles pero inequívocas [. . .] Reuniones fugaces, acordadas por el poder político y con macanas, vigiladas, acordonadas, convocadas por el poder informativo y puestas a raya mediante gestos mínimos y sonrisas de ídolos plásticos, intrigas hombro con hombro para atestiguar postergaciones bajo la eterna promesa de una fe salvadora, el ojo de Dios, la fidelidad de la madre Virgen, la eficacia mercadotécnica de los nuevos dioses bárbaros [. . .] Multitudes que nacen para morir en cualquier momento, flores de asfalto que duran apenas un rato: desfilaron para ya no pasar luego y tranquilizar a los gobernantes, una y otra vez pacificado su dignísimo espíritu pues el pueblo anda ahí, obediente, festivo, patriótico, solidario con la suprema causa de la Patria. El pueblo sigue sin irse, no huye ni se oculta, no tiene con qué ni dónde. ¿Dónde está el pueblo en su papel de pueblo si no en la calle, las plazas, los parques, los sótanos del Metro? . . ."<sup>2</sup>

Allí está la gente, apiñada o distendida, obligada o festiva, en los sitios en los que se puede concentrar. Después de todo, valga la perogrullada, la gente está en donde está la gente. ¿Es esa la expresión pública? Sí y no: es parte de ella, pero una parte limitada por los escenarios y por su, a pesar de masivo, patente alejamiento del país en conjunto. Reuniones acordonadas, como señala Bellinghausen, las de esas multitudes que nacen para morir en un rato son ejercicio y catarsis sociales: son multitudes que en su sola y realizada gana de congregarse consiguen expresarse. Pero se manifiestan a sí mismas. Son parte de la expresión social, de la expresión pública que no se agota en ellas. Pero inclusive esas formas de elemental congregación, necesarias si en realidad como a veces se recuerda la gente es gregaria, llegan a dificultarse en la gran ciudad.

La gente se halla, se encuentra o se re-encuentra en clubes, en iglesias, en locales de instituciones de lo más diversas . . . pero no es exagerado asegurar que esos espacios no sólo *no* han crecido a la par de la sociedad urbana sino que, además, han quedado rezagados en comparación con el desarrollo social mexicano. Por una parte, existen documen-

1. Hermann Bellinghausen, *Crónica de multitudes*, Océano, México, 1987, pág. 131.

2. *Ibid.*, pp. 11-12.

tadas insuficiencias en la construcción de clubes y campos deportivos, que en los años duros de la crisis económica mexicana dejaron de ser prioritarios. Millares de jóvenes no tuvieron o no tienen más cancha para el fútbol que la calle, y no contaron o no cuentan con más sitios para pasear, para ligar o simplemente para divagar, que las banquetas o, cuando mucho, los a veces distantes parques públicos.

Tener acceso a un *club* deportivo se ha convertido, en casi toda la ciudad, en privilegio que cuesta dinero y que, a su vez, se convierte en uno de tantos símbolos de *status*. Hay gente que hace negocios en el gimnasio igual que antes se hacían en el campo de golf. El problema es que la mayoría de los ciudadanos (insistimos, a excepción de quienes viven en zonas muy específicas en donde hay el privilegio de gimnasios o clubes deportivos públicos en los que no se paga) no puede pagar las cuotas de los recintos para hacer deporte.<sup>3</sup> Reunirse, aunque sea para hacer gimnasia, echar una cascarita o jugar frontenis, llega a costar caro. Otros espacios de reunión —no necesariamente siempre de expresión— pública, como los restaurantes, están vedados también por motivos económicos. Uno puede *comer*, en sentido estricto pero nada más que eso, en una pequeña fonda. Es posible tomar un café, pero nada más que uno si no se consume otra cosa en un *Vip's* o en un *Sanborn's*, pero reunirse, platicar, discurrir con otros mientras además se come sólo puede hacerse en sitios más caros. La inseguridad que hay en las calles, por otro lado, también cuenta para que los mexicanos urbanos, sobre todo en el D.F., prefieran pasear, juntarse, encontrarse en público, lo menos posible.

Las instituciones sociales también han descuidado la promoción de sitios de reu-

## Lo público en México, igual que en otras sociedades nacionales, no ha estado necesariamente asociado con la política

nión y/o expresión de la gente. Hay pocos sindicatos que permitan a sus agremiados el acceso a teatros o auditorios que son propiedad de la institución, y que por lo tanto tendrían que ser de sus miembros. Lo mismo ocurre a menudo con los partidos políticos. Inclusive en las universidades, que tendrían que ser por excelencia sitios de congregación, de encuentro y por lo tanto de expresiones colectivas, solamente los grupos estudiantiles más activos ejercen el derecho a reunirse.

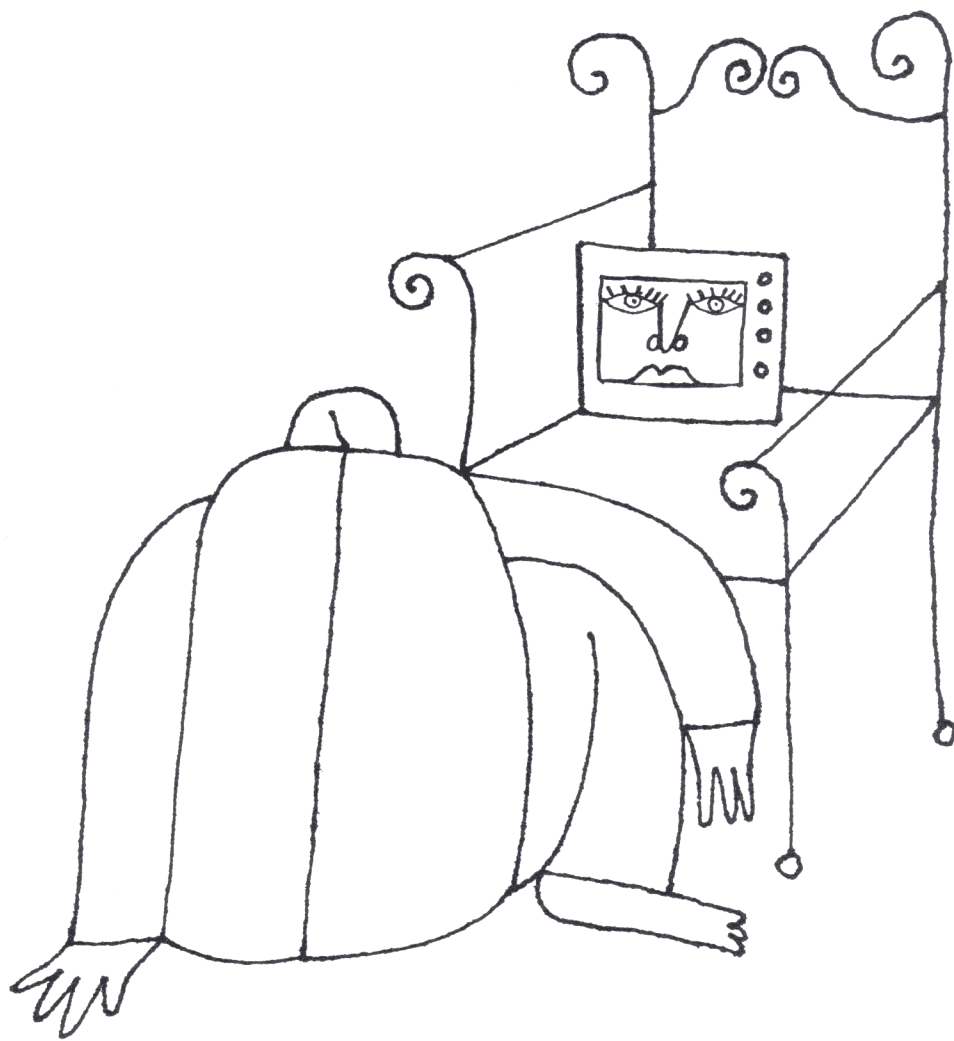
De esta manera, si *la* expresión pública —entendida como suma o búsqueda de consensos capaces de representar el interés de la sociedad— ya resulta difícil, la expresión *parcial*, de *peculiaridades* de los sectores o grupos de ciudadanos también llega a tener obstáculos cotidianamente constatables. ¿Cómo podemos aspirar a tener una auténtica expresión pública si la gente ni siquiera puede juntarse para sus actividades más sencillas? Ese, además, no es un problema sólo de la sociedad urbana en términos generales. Incluso en las áreas o instituciones en donde se pensaría que hay más intercambio de ideas, las posibilidades de encuentro también han llegado a dificultarse.

En los años setenta varias universidades mexicanas, y en especial la Universidad Nacional, padecieron una auténtica expropiación de espacios para la reunión de sus integrantes, sobre todo los estudiantes. En primer lugar, como una decisión política pero también debido a la transformación del *campus* tradicional en varias zonas fragmentadas y distantes entre sí, los estudiantes de la UNAM perdieron espacios como los que significaban las cafeterías y dejaron de tener motivos de encuentro como los que eran los cineclubes, los conciertos o las exposiciones, a donde podían asistir porque se realizaban cerca de sus escuelas. El caso de Ciudad Universitaria ha sido el más claro a este respecto. Los recintos universitarios nunca han dejado de ser escenarios de manifestaciones culturales y políticas muy diversas, pero el espíritu comunitario que había hace dos décadas se fue diluyendo a medida que las escuelas y facultades se alejaban unas de otras, y también en tanto los motivos y sitios de congregación de estudiantes y profesores fueron desapareciendo. El *campus* tradicional se convirtió entonces, casi exclusivamente, en sitio de tránsito pero no para *estar* allí.

Por si fuera poco, pareciera que una suerte de nueva moral conservadora se erige en contra de algunas de las costumbres que dan sentido, aderezándola, a la reunión pública. Decisiones como la prohibición de fumar en lugares públicos que la Asamblea de Representantes del D.F. asumió en 1990, pueden justificarse en aras de la salud pero también resultan discriminatorias de los derechos de quienes teniendo ese pequeño vicio no hacen a los demás mayor daño que el que ya produce la contaminación del aire en la ciudad de México.<sup>4</sup> La persecución de minorías sociales ha sido más acentuada en contra de grupos como los homosexuales: a fines de 1990 fueron clausurados varios bares de ese género en la ciudad de México. La medida fue revocada, pero se comprobó el ánimo into-

3. Incluso, hay gimnasios calificados como "de altura" que tienen por norma aumentar las cuotas y exigir el pago adelantado de varios meses para así desalentar a los posibles socios de menores ingresos. "Una buena manera de 'depurar' la clientela y evitar colados ha sido no aceptar planes de pago mensual, recibiendo únicamente cuotas trimestrales o anuales", dice un informe al respecto, que añade la opinión del dueño de uno de tales establecimientos: "necesito pensar como mis clientes pues ellos son los que me van a permitir crecer. Tengo que darles lo que desean recibir: exclusividad, selectividad". "De científico no se vive", artículo de Diego Arrazola Manterola, en *Ex-pansión* No. 552, octubre 24 de 1990.

4. Sobre este asunto se publicaron opiniones discrepantes. Pueden verse, entre otros, nuestro artículo "No se fuma: nueva moral conservadora" y los de Rafael Farfán y Francisco Galván Díaz, "No se fuma: un paso progresista" y Ricardo de la Peña y Rosario Toledo L., "No se fuma: expresión de intolerancias", aparecidos los días 11, 16 y 19 de octubre de 1990 en *El Nacional*.



lerante que respecto de sitios de reunión como esos existe al menos en algunos funcionarios, con todo y que con esto, así como en otras actividades oficiales y sociales, puede constatarse un auténtico avance en el reconocimiento de las minorías sexuales. (A este respecto, hay un desarrollo de la tolerancia cívica que no necesariamente se corresponde con la participación política. Por ejemplo, en el D.F. las campañas en favor del uso del condón para prevenir el SIDA han sido bien recibidas, en tanto que en ciudades como Monterrey y Mérida —la primera muy priísta, la segunda mayoritariamente panista— han existido distintos tipos de censura en contra de ellas.)

Restringidos los sitios para reunirse, aquellos lugares a donde sí se puede ir se colman los días de ocio, pero en realidad son pocos comparados con las enormes muchedumbres que anegan las calles todos los días, o con quienes acuden al parque. Los cines son, ha escrito José Joaquín Blanco, "cementeros de sí mismos". Agobiadas por la competencia del video en casa o simplemente de la televisión, "las viejas, tristes, nostálgicas salas de cine se parecen un poco a los tem-

plos pasados de moda y en horas desusadas, cuando más que representar a la masa, o a la norma, constituyen el recinto de la soledad, de lo que la generalidad va desechando".<sup>5</sup>

La gente hoy, más que ir a Chapultepec, los domingos se queda encerrada frente al televisor. Esa no es una práctica exclusiva de la ciudad de México, sino cada vez más reproducida en el resto del país. Apunta el mismo José Joaquín Blanco: "El capitalismo no trabaja para vivir: trabaja para llegar a casa en la noche a ver la tele, para cenar ante la tele, para hacer el amor entre comerciales, para preparar la comida frente al programa de recetas de cocina de la tele, para recibir a las amigas frente a las telenovelas de la tarde, para recibir a los amigos frente al partido en tele del domingo al mediodía, para desafanarse de los críos con las caricaturas de la tele, para pensar de México y del mundo lo que opine el locutor de la tele."<sup>6</sup>

5. José Joaquín Blanco, *Los mexicanos se pintan solos. Crónicas, paisajes, personajes de la ciudad de México*. Pórtico de la Ciudad de México, México, 1990, p. 123.

6. *Ibid.*, p. 118.

Lo público, así, está en la vida social diaria, aunque casi siempre más bien inarticulada y desorganizadamente. Existen oportunidades reducidas para que exista *vida pública*, por la simple y terrible circunstancia de que hay pocos espacios físicos para ello. Eso no significa que la gente se deje de expresar. Pero hay *estados de ánimo*, más que definiciones precisas por parte de la hirviente y contradictoria sociedad urbana mexicana. Existen espacios y mensajes de las multitudes en muy diversas circunstancias, pero casi siempre organizados o concitados de forma extrainstitucional y, siempre, de manera coyuntural. Se trata, entonces, de expresiones *que surgen* de la sociedad o de sectores de ella —y que son parte de los públicos que la componen— y que en la mayor parte de las ocasiones fungen como una suerte de autorreflejo.

## LA SOCIEDAD COMO PROTAGONISTA Y COMO PÚBLICO

Espejos de sus propios protagonistas, las demostraciones callejeras, las ferias y fes-

tivales, los conciertos multitudinarios o las peregrinaciones, son expresiones públicas que, salvo cuando se trata de reuniones politizadas (ya sea para reclamar, para complacer o para testimoniar ante el poder político) no tienen significación más que para quienes forman parte de ellas.

El sentido de quienes integran una multitud que aplaude a Juan Gabriel en un palenque o aquélla que desfila hacia la Basílica de Guadalupe, más que rendir homenaje a la personalidad o la deidad que los convoca o los atrae —convenciéndolos—, es reconocerse a sí mismos en ese ejercicio colectivo: congregarse ya es una manera de ser otra cosa, lo mismo para orar que para festejar, lo mismo para buscar provechos colectivos que para, simplemente, echar relajo. Y no es que las multitudes urbanas no busquen mayor presencia pública: lo que pasa es que la ocasión para reunirse llega a ser por sí sola tan notable, o tan catártica, que tiende a satisfacerse en sí misma. No se trata de congregaciones intencionadamente autocomplacientes, pero sí de una intensidad de autoencuentro que basta por sí misma para ser suficiente. Se trata de expresiones públicas pero en espacios restringidos por la geografía, la temporalidad o incluso por las leyes.

Por otra parte, está lo que se dice y sugiere a través de los espacios que son *públicos* porque a ellos puede asistir cualquiera, aunque no cualquiera puede participar de las definiciones que allí se hacen. Nos referimos, naturalmente, a los medios de comunicación electrónica. Cualquiera, o casi, puede sintonizar la música de una estación de radio o la telenovela de *El Canal de las Estrellas*, pero la decisión, en cada caso, de qué música se transmite o de qué argumentos se escenifican, corre a cargo de los operadores de la estación de radio o de televisión. El público, los públicos, son tomados en cuenta como *destinatarios* de los medios electrónicos y sólo muy eventualmente como *protagonistas* de ellos. E inclusive cuando a la sociedad se le convoca para aparecer en la radio o la televisión, se trata de presencias fragmentarias, tamizadas por: la corta duración de la llamada telefónica a través de la cual un joven solicita que programen la canción que le gusta; la breve presencia del participante en un programa televisivo de concurso inevitable-

mente acotada por reglas que él no estableció; o la duración que en un noticiero puede alcanzar el reporte de una manifestación, un festival; o sobre las repercusiones callejeras después de un juego de fútbol.

En esa dimensión, en su dimensión auténticamente *social* (en tanto que se dirige a todos los sectores y grupos de mexicanos) y *nacional* (en tanto que geográficamente muy amplia), el ejercicio de *lo público*, en México, aún sigue siendo privilegio —no siempre exclusivo, pero casi siempre— de grupos de interés reducidos, o no necesaria o no comprobadamente representativos de las mayorías en la sociedad. El quehacer público, así, ha quedado constreñido tanto por las enormes dificultades que las mayorías sociales encuentran para expresarse, como por el autoritarismo, deliberado, o de cualquier manera practicado por los grupos de interés que se han hecho cargo de la política.

Aquí, de nuevo, hay una relación mutua que casi pareciera fatal: el manejo de los medios de comunicación, que siempre tiende a ser autoritario, lo es todavía más conforme avanzan las posibilida-



**Parece que una  
suerte de nueva  
moral conservadora  
se erige en contra  
de algunas de las  
costumbres que dan  
sentido a la reunión  
pública**

des tecnológicas para recabar, y sobre todo, para transmitir mensajes.

Por otro lado, siempre la política es tarea profesional de unos cuantos en comparación con los muchos a quienes se destinan las decisiones del poder; sin embargo ése elitismo se acentúa conforme crecen las sociedades, pero también a medida que aumentan las capacidades de mando y de decisión que porporcionan los medios de información moderna, entre ellos los medios de comunicación. Así las cosas, si tomamos en cuenta que los medios electrónicos son uno de los espacios privilegiados (creemos que el más) en el que en una sociedad de masas tiende a hacerse la política de masas, tenemos que hay un mutuo reforzamiento de autoritarismos entre los medios y la política. En principio, los primeros son instrumentos de la segunda. Pero conforme su quehacer se interrelaciona cotidianamente, llega a suceder que la política se convierte en instrumento del interés de quienes deciden sobre la operación de los medios, sobre todo los de difusión electrónica. La manera como en México, durante cuatro décadas, el gobierno en su política de comunicaciones ha tomado decisiones y ha dejado de tomarlas, casi siempre en beneficio del consorcio de la televisión privada que fue monopolio durante todo ese tiempo, es más que reveladora de cómo, en circunstancias de descuido estatal y social, el interés privado puede consolidarse de tan eficaz manera sobre el interés general.<sup>7</sup>

## ÁMBITO HISTÓRICAMENTE PRECARIO

Por lo general la gente, la sociedad, no sólo no ha sido protagonista, sino más bien espectadora, del debate público.

7. Como en distintas ocasiones se ha dicho, el consorcio Televisa, que antes de los años setenta se llamó Telesistema Mexicano, acumuló una enorme cantidad de prerrogativas legales, exenciones fiscales, construcción de infraestructura, beneficios políticos, y así, presencia social, en buena medida debido primero al desinterés y luego a la incapacidad del poder gubernamental para limitar o siquiera reglamentar el desarrollo de ese enorme conglomerado de empresas de comunicación. Entre otros sitios, puede hallarse información al respecto en nuestros libros colectivos *Televisa, el quinto poder* y *Las redes de Televisa*, ambos en Ed. Claves Latinoamericanas, México, 1985 y 1988.

Fueron, desde luego, actores esenciales —aunque con grandes finales que ellos no decidirían— los campesinos que se armaron para hacer posible la Revolución Mexicana, los estudiantes que se movilizaron en busca de la democracia política en 1968, los electricistas que dieron aliento y sentido a la Tendencia Democrática en los años setenta. . . . Pero esos momentos de tensión, ciertamente, que ninguna sociedad aguantaría que fueran permanentes, fueron además coyunturas de excepción.

Más recientemente, la sociedad no sólo no lo ha organizado, ni definido, sino además ha sido escasamente espectadora del debate político porque éste casi no ha tenido por escenario a los medios electrónicos, sino a los impresos. Con todas sus insuficiencias y a pesar de ellas, es en la prensa en donde, históricamente, ha podido encontrarse alguna diversidad de opiniones sobre los asuntos públicos.—no solamente políticos— más importantes. Pero la prensa, igual que otros medios, no ha estado destinada preponderantemente al grueso de la sociedad sino a sus élites.

Si como *público* entendemos a aquello que siendo expresión de la sociedad, o de sectores de ella, tiende a influir en *lo político*, entonces podría insistirse en que la esfera de lo público ha sido más hermética de lo que parece. Un estudioso de la cultura política nacional ha escrito que: "Decir que desde nuestros orígenes como nación el ámbito de lo público fue muy precario significa que la política transcurrió por cauces muy estrechos, que sus protagonistas fueron las clases y corporaciones dominantes, así como los grupos ilustrados con exclusión de las grandes capas populares y que la prensa fue, por todo ello, un espacio mediador entre los gobiernos —siempre volátiles e inestables— y esos grupos a final de cuentas minoritarios, y no entre el gobierno y las amplias capas de la población."<sup>8</sup> En México, y otra vez nuestro país no es la excepción, hubo una consolidación casi *natural* de élites de manera más acelerada que la organización de la sociedad, desde los años de la independencia me-

8. José Luis Gutiérrez Espíndola, *Opinión pública, identidades políticas y democracia en México*, Seminario "Aproximaciones al estudio de la cultura política", IIS-UNAM y UAM Azcapotzalco, septiembre de 1990, mimeo.

xicana y a través de todo el siglo XIX. Ése habría de convertirse en un factor para que fuesen pocos, y no los ciudadanos como tales, quienes se hicieran cargo del quehacer político, en los términos que estamos empleando, del espacio de lo público.

Ello no significa que en la prensa no hubiera discusión: al contrario, quizá nunca en la prensa mexicana haya existido una combatividad tan sostenida, al mismo tiempo que tan elegante, como la que en docenas de publicaciones encontró tribunas y trincheras, especialmente en los tiempos de la República Restaurada. Era aquella una prensa concebida para el debate y no, como luego sucedería, para el negocio. Así, resultaba frecuente que sus autores transitaran de una a otra publicación e incluso que desaparecieran periódicos enteros, golpeados por intereses políticos adversos o por la carencia de recursos. Se trataba, escribió Cosío Villegas, de periódicos "doctrinarios, [que] se hacían para exponer y mantener una doctrina política: el fin era la doctrina y el medio era el periódico. . . ."<sup>9</sup> La prensa era asumida como medio de ilustración y no sólo como medio de información. Tanto el viejo liberalismo como el socialismo utópico —fuentes, ambos, de abundantes y vivaces publicaciones en distintas fases de la segunda mitad del siglo XIX mexicano— encontraban en el periodismo impreso un espacio para educar y no exclusivamente para debatir.

Pero incluso en las postrimerías del XIX, con todo y lo pequeña que era la sociedad mexicana, y quizá entre otros motivos porque —como explica también Cosío Villegas— entre quienes sabían leer (que no eran muchos) había mayor tiempo para hojear los diarios y éstos eran más pequeños (a veces de apenas cuatro páginas), a un siglo de distancia podría considerarse que nada o si acaso muy poco se ha avanzado y no sólo en términos porcentuales, sino incluso reales, en la lectura de periódicos en el país. Cuando la prensa dejó de ser fundamentalmente politizada e incursionó en busca de públicos más amplios, se conocieron experiencias como las de *El Imparcial* del cual se asegura que en 1897 tiraba

9. Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. La República Restaurada. Vida política*, Ed. Hermes, México, 5a. ed., 1988, p. 38.



50 mil ejemplares diarios y que en 1906 pudo sostener durante poco tiempo un tiraje de 158 mil 820 ejemplares diarios para, hacia 1910, mantenerse entre 150 y 180 mil ejemplares.<sup>10</sup>

Se trataba de una prensa que, instrumento de alguna o algunas facciones del poder político, estaba al servicio de intereses de los cuales no renegaba y conseguía llegar a sectores de la población entre los que hacía propaganda respecto del debate o a favor de los argumentos autodefensivos del grupo que aún se conservaba en el poder. Esas cifras, como las que siempre ha dado sobre sí misma la prensa mexicana, pueden ser discutibles. Pero masivos o no, los diarios en aquella y en muy pocas otras etapas de la vida política mexicana, sin duda eran espacios de discusiones intencionalmente politizadas. En nuestro país, toda diferencia guardada, ocurrió lo que Christopher Lasch deplora para los Estados Unidos: "el periodismo del siglo diecinueve servía como una extensión de la reunión del pueblo. Creaba un foro pú-

---

**Nuestros diarios  
siguen  
imprimiendo  
cantidades  
auténticamente,  
por exiguas,  
dramáticas**

blico en el que los asuntos del momento se debatían calurosamente. Los periódicos no sólo informaban de las controversias políticas sino que participaban en ellas, llevándolas también a sus lectores. Y la cultura impresa descansaba en los vestigios de la tradición oral, el lenguaje impreso tenía aún los ritmos y los requerimientos de la palabra hablada, en particular por las convenciones de la discusión verbal. La letra impresa servía para crear un foro más grande para la palabra hablada, no para desplazarla o reformarla."<sup>11</sup> Pero, para volver a la situación mexicana, aquí el desarrollo de la política, que por largo tiempo corrió, de forma virtualmente unilateral, junto con el surgimiento de nuevos medios y la propia decantación de la prensa, fue cancelando esos foros.

Más adelante, luego de la crisis revolucionaria, se desarrollaron casi de manera paralela procesos de reorganización de la sociedad, así como de las clases en el poder o aspirantes a competir por él

---

10. Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El porfiriato. Vida política interior. Segunda parte*, Ed. Hermes, México, 2a. ed., 1985, pp. 526-527.

---

11. Christopher Lasch, "The lost art of political argument", en *Harper's Magazine*, septiembre de 1990. Traducido por Adriana Guadarrama para *Política*, suplemento de *El Nacional*, No. 81, 22 de noviembre de 1990.

Y éstas, otra vez, contaron con mayor aptitud y posibilidades para consolidarse como grupos *en o para* el poder político. Varios centenares de grupos locales y regionales convergieron en 1929, convocados por los personajes principales de la coalición gobernante, para construir el Partido Nacional Revolucionario.

Garantía, al menos en ese entonces, de estabilidad y cauce privilegiado para institucionalizar la política, el partido que desde aquellas fechas permanecería en el poder político implicaría también restricciones para que la sociedad accediera a otras formas de expresión. Nunca se trató de un partido definitivamente excluyente (pues incluso en los momentos de mayor dureza y/o autoritarismo políticos, siempre tuvo frente a sí a competidores más o menos débiles, pero siempre persistentes, en la oposición), pero sí de una organización cuya preeminencia sobre otras era fuente de debilitamiento de los intentos autónomos de la sociedad para expresarse y organizarse. Gutiérrez Espíndola también apunta que "el ámbito de lo público padeció inevitablemente con la constitución de un partido con pretensiones omniabarcantes que se reivindicó como el heredero directo de la Revolución y, en tanto tal, como el único capaz de representar el interés nacional, descalificando de principio a los demás partidos y organizaciones bajo la idea de que eran contrarrevolucionarios, portadores de intereses antinacionales y, por tanto, ilegítimos. Esta apelación a la legitimidad histórica no sólo desplazó a un segundo plano, poco menos que ornamental, a la legitimidad electoral, sino que vició todo el debate político, degradándolo a un juego maniqueo".<sup>12</sup> Por cierto, entre la prensa que había surgido alrededor de los años treinta se encontraba *El Nacional*, órgano del PNR. Sin ser el principal diario capitalino, sí era uno de los más activos y en febrero de 1930 tenía un tiraje de "32 mil ejemplares comprobados".<sup>13</sup>

Es decir, la preponderancia del PNR —y luego del PRM, y más adelante del PRI— aparte de representar debilidades importantes en la capacidad organizativa de otras opciones políticas, fue una

fuerza inevitable que funcionó en contra de un debate político que pudiera aspirar a la pluralidad. El partido en el gobierno llegó a ser tan poderoso que, excepto en casos y en regiones muy específicos, la competencia política era poco menos que imposible frente a él, sobre todo durante largas décadas, a partir de los años treinta y quizá, apenas, hasta ya muy entrados los años setenta u ochenta. Pero además, la preponderancia de dicho partido —que, como es bien sabido, supo y pudo aprovechar amplios recursos del gobierno y el Estado— se constituyó en la condición más tajante para entorpecer un intercambio con equidad de ideas y proyectos políticos. Las organizaciones que trataban de competir con él, o incluso las opiniones que le significaban discrepancias, solían ser descalificadas (lo son aún en ocasiones ahora, ya empezados los años noventa) a partir de diversos expedientes que casi siempre coinciden por ser autoritarios y persecutorios.

Vayamos de nuevo, un poco atrás. En la década de los cuarenta, a los sindicatos que buscaban constituir una opción distinta de la que ya se perfilaba como oficial se les combatió con el argumento de que eran comunistas y en esos mismos tiempos a la izquierda partidaria se le sumió casi en la clandestinidad. En los cincuenta, intentos como el de la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano fueron cuestionados y perseguidos legalmente. Con posiciones similares, los dirigentes del movimiento ferroviario en 1958, del movimiento de maestros pocos años después y de las luchas estudiantiles de 1968, fueron encarcelados.

No pretendemos que toda la política ni todos los resortes autodefensivos del poder político se hayan agotado en esos momentos que constituyeron situaciones límite, pero que por ello mismo son tan significativas como imposibles de soslayar. Cada uno de esos episodios, aparte de disputas muy específicas *por* el poder político o *ante* él, indicaban experiencias con las cuales algunos sectores de la sociedad buscaban formas y espacios propios —a veces inéditos— para expresarse. Manifestaciones y volantes callejeros, *pintas* en las bardas y mítines, prensa sindical, estudiantil o disidente, pero sobre todo el intento para que sus puntos de vista fueran conocidos por el resto de la

sociedad (con la esperanza, a veces fallida, de no aislarse de ella), formaron parte del activismo, que era también esfuerzo de expresión, de tales grupos y corrientes.

En casi todas esas ocasiones dichos esfuerzos de expresión pública fueron acallados no sólo ante temores o inequidades de gobernantes muy específicos, sino ante una suerte de *lógica autodefensiva* del sistema político que, antes que cualquier confrontación de posiciones, privilegiaba la *descalificación a priori* del contendiente político: antimexicanos, desnacionalizados, irresponsables, apátridas se les llamó, casi siempre con idénticos adjetivos, siempre con idéntico espíritu autoritario, a los protagonistas de tales movimientos sociales.

En todos esos y en algunos otros casos similares, una suerte de autoritaria *razón de Estado* se erigía para cancelar el debate político y, lo que más nos interesa subrayar en estas páginas, para influir, forzada pero eficazmente, a la expresión pública que ante tales grupos y corrientes podía conocerse. Las condenas a los ferrocarrileros de 1958 o a los estudiantes de 1968 no surgieron sólo del poder político sino, como acrítico pero mimético acto reflejo, también de algunos sectores, sobre todo de las clases medias, preocupados por la perspectiva de que la estabilidad política fuera trastocada y convencidos, ante la falta de otras opciones informativas, por los argumentos del poder gubernamental. Los diarios y revistas en 1968 estaban repletos de testimonios de esas reacciones, que no en todos los casos podían ser atribuidas a manipulaciones ni a coacciones del poder político: había zonas enteras de la sociedad que compartían las posiciones gubernamentales porque eran las únicas que conocían a través de los medios de información. De lo que sucedió el 2 de octubre en Tlatelolco muchos mexicanos se enteraron días, o semanas, después y más bien por rumores que por informaciones documentadas.

## PAÍS DESIGUAL, HETEROGÉNEA DISTRIBUCIÓN REGIONAL DE MEDIOS

La manera como distintos sectores de la sociedad, aun en situaciones límite, pue-

12. Gutiérrez Espíndola, *op. cit.*

13. José Luis Gutiérrez Espíndola, *Un diario para la revolución*. Tomo I de *El Nacional en la Historia de México*, Ed. El Nacional, México, 1989, p. 249.



den asimilar acríticamente, casi como una forma de autodefensa, una sola de las posiciones en un conflicto, es una más de las limitaciones que enfrenta un sistema político moderno (y, en fin, cualquier sistema político). Se podría pensar que en tanto que logra que sus argumentos sean admitidos por la sociedad, el poder político avanza en la construcción de sus apoyos nacionales. Pero consenso no es asimilación de una parte por otra, ni del Estado por la sociedad, ni mucho menos de la sociedad por el Estado. Para ejercer un consenso moderno, el Estado tiene que convencer. Y no puede haber fuentes de convencimiento auténticas si entre ellas no hay diversidad, información, para que la gente decida. De otra forma, tomar partido por una, asumirla como propia, se vuelve asunto de fe.

Algún sector de la prensa hacia los años setenta comenzó a contribuir en esa tarea al hacerse receptáculo, estimulándola y proyectándola así, de la discusión entre los dirigentes de partidos políticos y/o con algunos sectores que están en el mundo académico. La reflexión o, sin ser tan ambiciosos, las posiciones ideológicas, han sido cada vez mayores en media docena de diarios mexicanos que se han consolidado como foros de debate al comenzar la década de los noventa. Sin embargo, la prensa mexicana continúa siendo de y para unos cuantos. Las limitaciones que existen lo mismo para su lectura que para su difusión, dan cuenta de lo estrecho que son el debate político y, por añadidura, la expresión pública en los medios impresos.

Podemos recordar los tirajes que se reconocían para el diario comercial más importante en las postrimerías del siglo pasado: 50 mil ejemplares en 1897 y hasta 180 mil 13 años después (en 1900 la ciudad de México tenía 334 mil habitantes). En 1930, como también ya apuntamos, uno de los diarios, que no era el de mayor circulación, tenía un tiraje de 32 mil ejemplares, cuando 10 años después, en 1940, en el D.F. había 1.4 millones de habitantes.

En 1990, cuando la ciudad de México —sin contar su enorme zona conurbada, que casi duplica esta cifra— tiene 8 millones 300 mil habitantes, no hay en ella un solo diario que edite más de 100 mil ejemplares y, de entre 25 periódicos que se publican cada día, hay nueve que

editan apenas 5 mil ejemplares, o menos.<sup>14</sup> Peor aún, la mayoría de los editores de diarios se ha rehusado a publicar sus datos de tiraje y circulación, manteniendo así una ficción en la que nadie cree pero que sigue definiendo ese aspecto de la relación entre la prensa y sus lectores: no existen informaciones confiables a la vez que oficiales sobre cuántos periódicos se editan, y menos aún sobre cuántos de ellos se leen en México.

Nuestros diarios siguen imprimiendo cantidades auténticamente, por exiguas, dramáticas. Según datos disponibles que ya hemos citado y cuya verosimilitud no podemos confirmar, en 1910 el diario de mayor circulación editaba un ejemplar por cada 1.8 habitantes de la ciudad de México. En 1990, allí sí con información actual, el diario de mayor tiraje en la capital del país edita un ejemplar por cada 83 habitantes (tomando en cuenta sólo el perímetro formal del D.F.). Si la circulación de la prensa es baja y si recordamos que es la prensa en donde, con todo y muchas carencias y distorsiones, se reproduce o se ejerce el debate político, no es difícil concluir que la sociedad es mayoritariamente ajena a la discusión de esa índole. Más allá de los ajustes que podrían hacerse en las cifras, parece claro que en el *menos peor* de los casos la prensa mexicana de este final de siglo no tiene una presencia social mucho mayor que la que había alcanzado antes de la Revolución de hace más de ocho décadas. Otra, desde luego, es su presencia política. Podría considerarse que la prensa mexicana, o el segmento más profesional de ella, tiende a formar parte de una opinión pública moderna, aunque socialmente muy minoritaria.

La sociedad es en buena medida ajena a su prensa, pero no a otros medios, en donde más que información hay entretenimiento y en los que la discusión pública, cuando existe, padece conocidas limitaciones. La radio y la televisión, al contrario de la prensa, cuentan con una

presencia pública no sólo enorme, sino también creciente. No hay mecanismos públicos —como sucede en la mayoría de los países de condiciones económicas similares o superiores a las de México— pero los datos de instituciones de medición de audiencias privadas sugieren que cada noche se encienden al menos 57% de los televisores que hay en la ciudad de México (hay que tomar en cuenta que muchos hogares cuentan con más de un telerreceptor). De esos aparatos, a fines de 1989, casi el 93% eran sintonizados en alguno de los canales del consorcio Televisa y solamente el 7% en las frecuencias de la televisión del Estado.<sup>15</sup>

Muchos mexicanos atienden la radio y la televisión, pero en ellas (notablemente en la tv) no hay muchas opciones. Junto a las dificultades financieras que en cualquier sitio implica la instalación de una radio pero sobre todo de una televisora, en México ha existido la tendencia a privilegiar a los grandes grupos de la radiocomunicación a la hora de distribuir concesiones para operar alguno de estos medios. Además, hay una constatable desigualdad en la distribución de frecuencias, así como en la edición de diarios y en la cantidad de salas cinematográficas, a lo largo del país. Tenemos zonas, sobre todo en el norte de México, en donde existen más medios en comparación con los habitantes. Y al mismo tiempo, en el sur la proporción entre habitantes y medios de comunicación tiende a ser mayor. El cuadro uno da alguna idea de esa heterogeneidad.

Es difícil conocer los tirajes de los diarios y casi imposible la audiencia de las estaciones de televisión y radio, que serían los únicos caminos certeros para evaluar su influencia social. Sin embargo, con datos como los del cuadro anterior, puede decirse, por ejemplo, que en tanto que en Aguascalientes hay una radiodifusora por casi cada 60 mil habitantes, en Zatecas la hay por cada 106 mil. En Chihuahua existe una estación de radio por cada 44 mil personas y en el Distrito Federal y en Puebla, por cada 147 mil. En Oaxaca tienen una radioemisora casi por cada 160 mil habitantes, y en Hidalgo una por cada 376 mil. Esas consideraciones

14. Datos de población tomados de Enrique Florescano, coord., *Atlas histórico de México*, Siglo XXI-SEP, México, 1983, pp. 122 y 158 y Carlos Salinas de Gortari, *Segundo Informe de Gobierno*, Anexo, Poder Ejecutivo Federal, México, 1990, p. 115. Los datos sobre tirajes de los diarios provienen de la evaluación titulada "Periódicos: ¿quién tira la primera cifra?", que publicamos en el *Cuaderno* del número 150, correspondiente a julio de 1990, de la revista *Nexos*.

15. Datos tomados de un estudio de la International Research Association y publicados por la Asociación Mexicana de Agencias de Publicidad.

**CUADRO 1**  
**PERIÓDICOS, RADIODIFUSORAS, TELEVISORAS Y SALAS DE CINE**  
**EN MÉXICO, POR ESTADO, EN 1990**

	<i>Habitantes</i>	<i>Periódicos</i>	<i>Radiodifusoras</i>	<i>Televisoras</i>	<i>Salas de Cine</i>
Aguascalientes	719 650	3	12	5	21
Baja California	1 659 927	10	44	6	39
Baja California Sur	317 326	3	11	5	12
Campeche	528 824	4	10	4	30
Coahuila	1 971 344	20	54	17	81
Colima	424 656	9	8	6	22
Chiapas	3 203 915	12	28	10	41
Chihuahua	2 439 954	14	55	16	96
Distrito Federal	8 236 960	25	56	6	123
Durango	1 352 156	8	9	9	42
Guanajuato	3 980 204	17	45	7	70
Guerrero	2 622 067	11	21	11	62
Hidalgo	1 880 632	4	5	2	32
Jalisco	5 278 987	10	59	9	156
México	9 815 901	17	10	7	124
Michoacán	3 534 042	22	34	6	117
Morelos	1 195 381	5	13	1	38
Nayarit	816 112	4	15	6	40
Nuevo León	3 086 466	9	40	8	104
Oaxaca	3 021 513	7	19	8	33
Puebla	4 118 059	7	28	7	68
Querétaro	1 044 227	5	11	3	14
Quintana Roo	493 605	3	9	3	17
San Luis Potosí	2 001 966	4	22	4	38
Sinaloa	2 210 766	15	40	9	74
Sonora	1 822 247	11	49	18	52
Tabasco	1 501 183	6	14	3	31
Tamaulipas	2 244 288	24	61	17	73
Tlaxcala	763 683	1	4	0	9
Veracruz	6 215 142	20	71	10	121
Yucatán	1 363 540	3	17	6	62
Zacatecas	1 278 279	5	12	9	24
	81 140 922	318	886	238	1 866

*Fuentes:* Datos sobre población, tomados de Carlos Salinas de Gortari, *Segundo Informe de Gobierno. Anexo*, Presidencia de la República, México, 1990, p. 115. (Se indica que son cifras preliminares a partir del XI Censo de Población y Vivienda). Datos sobre los medios, tomados del *Directorio de Medios Audio-visuales*, Medios Publicitarios Mexicanos, S.A. de C.V., No. 4-90, diciembre de 1990. Los datos sobre radiodifusoras habría que considerarlos con alguna cautela porque no en todos los casos incluyen a las estaciones culturales y/o gubernamentales, que en algunos estados del país no reciben publicidad comercial. En cualquier caso, si las incluyéramos, las diferencias serían mínimas en los porcentajes que mostramos en el cuadro.

**CUADRO 2**

	<i>Habitantes por periódico</i>	<i>Habitantes por radiodifusora</i>	<i>Habitantes por canal de tv</i>	<i>Habitantes por sala de cine</i>
Chihuahua	174 282	44 362	152 497	25 416
Colima	47 184	53 082	70 776	19 032
Distrito Federal	329 478	147 088	1 372 826	66 967
Hidalgo	470 158	376 126	940 316	58 769
Oaxaca	431 644	159 027	377 689	91 561

no toman en cuenta la audiencia de cada diario o emisora, ni la asistencia (según hemos comentado, a últimas fechas más bien deplorable) a las salas de cine. Con estas comparaciones queremos enfatizar la *desigualdad* de opciones de entretenimiento, de información y, eventualmente, de expresión, que los distintos públicos estatales y regionales pueden tener en nuestro país. El cuadro dos compara la existencia de diarios y salas de cine con la población de cinco entidades.

Antes nos hemos referido a las posibilidades y sobre todo a las dificultades que para expresarse tienen los habitantes de los núcleos urbanos más importantes. Además, no hay que olvidar las restricciones que la sola carencia de medios suficientes —que, valga recalcarlo, suelen tener más intereses mercantiles y/o políticos que de promoción o reivindicación social— significa para estrechar las opciones de expresión a través de los medios masivos. Pero eso no es todo. También existen modas, costumbres, formas y códigos que pudiendo ser vías de acceso, suelen constituirse en diques a la expresión de los grupos de la sociedad.

La expresión pública tiende a contradecirse con el autoritarismo político. Una fórmula de equidad que buscara competitividades más que confrontaciones políticas, sugeriría que entre una y otra tendría que haber influencias mutuas, vías de retroalimentación y desahogo, equilibrios, más que posiciones irreductibles. En la o las expresiones de la sociedad, en las opiniones públicas, quienes ejercen el poder político pueden encontrar una riqueza de reacciones y sugerencias que difícilmente hallarían en las manifestaciones partidarias (habitualmente definidas por incondicionalidades preestablecidas), y menos en los actos de masas o en los recursos para acercarse a conglomerados sociales propiciados desde el mismo poder político. Pero, aunque débiles, las expresiones de la sociedad nunca dejan de tener alguna repercusión en las esferas del poder político, de la misma manera que lo que se hace y dice en las fuentes de dicho poder, también tiene efectos en distintos espacios de la sociedad.